convento de México, y teniendo aquel cargo, él mesmo en persona iba con un costal á las huertas á pedir algunas yerbas que eran necesarias para la enfermería, y las traia á cuestas; notabilísima humildad y menosprecio de sí y del mundo. Vestia un solo hábito, y ese lleno de muchos remiendos, sin otra ropa alguna. Falleció en el mesmo convento de S. Francisco de México, adonde yace se-

Fr. Antonio Ortiz, varon de mucha virtud y perfeccion y celo de la observancia de la pobreza. Vino de la provincia de S. Gabriel. Siendo guardian del convento de México, no permitió que se usasen en él ornamentos de seda, sino solamente de paño. Mandó al portero del convento que no recibiese mas de un cuarto de carnero de limosna para cada dia, porque en aquel tiempo los españoles enviaban limosna en mucha abundancia á los religiosos. Mas este amador de la pobreza no queria que se recibiese sino solo lo necesario. Fué notable predicador y reprendedor de vicios con libertad cristiana. Y como en aquella sazon los que gobernaban cometiesen grandes injusticias (por las cuales despues fueron privados de sus oficios y castigados, por mandado de la cristianísima Emperatriz Doña Isabel), este varon apostólico con santo celo sin algun temor se las reprendia. Mas no recibiendo ellos la palabra de Dios para su correccion, sino con indignacion, le hicieron echar una vez del púlpito á su parecer afrentosamente. Pero el siervo de Dios lo tuvo por singular honra, sufriéndolo por amor suyo, como otro S. Pablo, con mucha paciencia, porque ellos alcanzasen misericordia. Y así volvió al convento con tanta alegría como si le ovieran dado alguna joya de mucha estima. Fué despues á España, adonde llegó á tiempo que los padres de la provincia de S. Gabriel estaban congregados para celebrar su capítulo, y sabido por ellos cómo Fr. Antonio Ortiz habia desembarcado en Sevilla, como conocian su santidad y prudencia para gobernar, eligiéronlo en ausencia por su provincial, obligándolo con esto á que no se volviese á las Indias, y así se quedó entre ellos. Acabado su trienio, con el fervor grande que tenia de espíritu y deseo de padecer martirio por Jesucristo, procuró la licencia con mucha instancia, y alcanzada pasó en África, y predicando con mucho fervor á los moros, sufrió por manos de ellos gravisimos tormentos. Y entre otros ovo vez que lo tuvieron atado á un pesebre entre bestias, sin darle de comer en tres dias mas del alcacer que daban á los caballos. Pero no tuvo efecto su deseo de acabar con martirio, guardándolo Dios para el bien y gobierno de su

provincia, donde fué electo segunda vez provincial, y acabó despues en santa vejez con martirio de continua penitencia, en el convento de Santa Margarita, cerca de los años de mil y quinientos y sesenta.

CAPÍTULO XXXII.

De otros varones santos de aquellos tiempos.

FR. Francisco de Ledesma vino de la santa provincia de S. Gabriel poco tiempo despues de venidos los doce, y por haber durado pocos años en esta tierra no hay de él otra memoria particular, mas de que la dejó muy loable de su mucha perfeccion y observancia de la regla. Fué en aquellos principios maestro de novicios en el convento de México, y sacó muchos discípulos grandes siervos de Dios. Segun la fama que dejó, puédese decir de él lo que escribe el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría, tratando del varon justo: « Era agradable su ánima á Dios: por esto lo sacó de en medio de las maldades.» Está enterrado en el convento de México.

Fr. Alonso de Herrera fué natural de Castilla la Vieja, de cerca De Fr. Alonso de de Búrgos. Estudió leyes, siendo mancebo, en la universidad de Salamanca, y saliendo docto en aquella facultad, tomó el hábito de religion en el convento de S. Francisco de la dicha ciudad de Salamanca, aunque despues, con otros que buscaban mas perfeccion, se pasó á la provincia de S. Gabriel, de donde vino á esta del Santo Evangelio. Fué á los principios tentado de volverse á España y dejar la obra de la conversion de los indios. Y lo mesmo persuadia á otros, diciendo que no era gente esta en quien se podia hacer fruto alguno. Y estando un dia en su celda encerrado y afligido con esta tentacion, salió de ella con nuevo espíritu y fervor, y rogó á su prelado que le mandase por obediencia confesar y predicar á los indios, porque así convenia al servicio de Dios y quietud de su ánima. Mandóselo luego el prelado, y quedó desde aquella hora libre de la tentacion, sin inquietud ni escrúpulo alguno, y fué siempre gran trabajador en la obra de los naturales, y su particular patron y defensor. Supo elegantemente la lengua mexicana y compuso en ella muy buenos sermonarios de todas las dominicas y de las fiestas de los santos. Era religioso muy esencial y celoso de la guarda de su regla. Confesaba y predicaba á españoles y indios, y á todos satisfacia con sus letras, prudencia y urbanidad. En las juntas y con-

gregaciones que entonces hacian los religiosos de las órdenes entre sí ó con los obispos de esta Nueva España, era de mucho valor su parecer, y entre las personas de calidad y cuenta se hacia mucha de él, y era muy estimada su persona. Fué guardian de principales conventos de esta provincia, y comisario de ella cerca de dos años por el santo Fr. Martin de Valencia, que era custodio, cuando anduvo procurando y ordenando el deseado viaje de la China. Murió bienaventuradamente en santa vejez, y yace su cuerpo en el convento de México.

De Fr. Cristóbal Fr. Cristóbal de Zamora fué hombre de claro linaje, lo cual él nunca quiso descubrir por su humildad. Y á esta causa, pidiendo el hábito en la religiosa provincia de los Ángeles, no se lo quisieron dar, porque preguntándole de qué parte era y si era de gente limpia, no lo quiso decir. Por lo cual lo fué á tomar en la provincia de S. Gabriel, de donde vino para esta Nueva España. Aprendió luego la lengua de los indios mexicanos para les ayudar á salvar, y trabajó en esta obra con mucha edificacion y provecho de las almas. Era mucha su humildad. Llamábase en el hábito seglar D. Cristóbal Romero, y era mayorazgo y copero de la reina Doña Leonor, hermana del Emperador Cárlos V, que casó con el rey de Francia Francisco de Valois. Esto se supo despues de su muerte, porque en vida no se quiso dar á conocer. Fué esencial religioso, varon de mucha perfeccion y santidad, y en extremo pobre y muy dado á la oracion. Traia siempre un hábito áspero y remendado. Cuando dormia fuera del convento por la obediencia, henchia de yerba la copa del sombrero que traia, harto viejo, y esto le servia de almohada. Murió santamente, y está enterrado en el convento de S. José del pueblo de Tula, donde fué guardian.

De Fr. Diego de Almonte, de la religiosa provincia de S. Gabriel, vino á estas partes con los segundos religiosos arriba contados. Era varon de santa simplicidad, juntamente con ser muy entendido, amigo de toda virtud y perfeccion, muy dado á la oracion, mansísimo y de toda paciencia, y gran celador de la santa pobreza. Visitóle el Señor con una penosa enfermedad de asma, por lo cual no pudo darse tanto á los ejercicios de penitencia como deseaba. Dábale suma pena oir cosa de murmuracion ó defectos de otros. Y si alguna vez los oia, excusaba lo mejor que podia á los murmurados y evitaba las tales pláticas. Tenia vehementísimo deseo de ver reformada la órden de nuestro padre S. Francisco, y con ser él tan reformado y perfecto religioso, quisiera que esta reformacion comenzara por él mesmo. Y así cuando vino á esta provincia del Santo Evangelio comision del ministro general Fr. Andrés de la Insula, para que doce frailes escogidos fundasen una provincia recolecta ó reformada, él, con ser viejo y enfermo, se ofreció á ser uno de ellos, y anduvo en su compañía de los demas con harto trabajo por diversas tierras buscando asiento para su provincia, llamada de ellos Insulana, puesto que no tuvo efecto su deseo, por inconvinientes que se ofrecieron, á cuya causa se volvieron todos á esta provincia, donde el siervo de Dios Fr. Diego antes de esto habia sido guardian de principales conventos, y difinidor. Acabó la peregrinacion de esta vida en venerable vejez, y está enterrado en S. Francisco de México.

Fr. Francisco del Pedroso vino de la provincia de los Ángeles á De Fr. Francisco esta de México, ya viejo, luego despues de los primeros. Y con toda su edad (segun por su dicho parece), supo algo de la lengua de los indios para los doctrinar y aprovechar, pues el padre Fr. Toribio, uno de los doce, en sus escritos refiere, que tratando de lo mucho que se servia Nuestro Señor en la obra de esta su viña, dijo este varon santo Fr. Francisco, que pensaba y creia haber servido mas á Dios en poco mas de dos años en la conversion de los indios, que en cuarenta que en España vivió con el hábito de S. Francisco. Y tras esto da testimonio el mesmo padre Fr. Toribio, de la santidad de este siervo de Dios, diciendo así: «Este padre es de los viejos de la provincia de los Ángeles, y uno de los que con buen ejemplo y santo celo trabajaron en aquella santa provincia, y de los que con mas fervor se ocuparon muchos años en las predicaciones y confesiones. Y en la oracion mental, pocos habia entre ellos mas ejercitados.» Murió luego á los principios de la conversion de esta gente, y su alma subió á la gloria á recebir el premio de sus tra-

Fr. Juan de Perpiñan, de la provincia de Aragon, vino á esta del De Fr. Juan de Santo Evangelio primero que otros, despues de aquellos doce primeros religiosos fundadores de ella. Era muy gran letrado, y supo bien la lengua de los indios. Baptizó innumerable multitud de ellos, porque era grande el fervor y celo que tenia de su salvacion, y por eso nunca se cansaba de oirlos de confesion; tanto, que le llamaban los otros religiosos mártir de los indios. Este apostólico varon fué un tiempo muy tentado del pecado sensual, y con oraciones y penitencias alcanzó del Señor fuerzas espirituales para salir salvo y libre de la tentacion y para nunca mas sentir movimiento sensual,

como otro Santo Tomás de Aquino. Por haber sido tan grande trabajador con los naturales, lo amaban ellos mucho, y cuando murió hicieron por él extraño sentimiento, y se hallaron tantos en su entierro, que no cabian en el patio del convento de México (con ser muy grande), todos con candelas encendidas, y los que no cabian dentro, estaban por las calles de la mesma suerte. Está enterrado en el mesmo convento de S. Francisco de México.

CAPÍTULO XXXIII.

De la vida del santo Fr. Andrés de Olmos, de su entrada en la religion, venida á estas partes, de las lenguas que supo y trabajos que padeció.

Vida de Fr. An- SI con atencion se mira la vida, penitencia y obras heróicas de este santo varon, se hallará haber sido uno de los muy perfectos religiosos que ha tenido esta Nueva España, amado de Dios y de los hombres, cuya memoria es en bendicion, y á quien hizo Dios en la gloria semejante á los santos, y lo engrandeció y sublimó en el temor de los enemigos, y en sus palabras y santa doctrina aplacó los monstruos bravos de los chichimecos. Fué este santo religioso natural de tierra de Búrgos cerca de Oña, hijo de honestos y muy cristianos padres. Crióse algunos años con una su hermana casada, en Olmos, cerca de Valladolid, de donde tomó el nombre ó apellido de Olmos. En su juventud se ocupó en el estudio de los sacros cánones y leyes; pero llegando á edad de veinte años, y considerando la oportunidad grande que en la religion hay para mejor servir al Señor, determinó de dejar el mundo y entrar en ella. Hízolo así, y tomó el hábito de los menores del padre S. Francisco en el convento de Valladolid, de la provincia de la Concepcion. Despues de hecho religioso, vivió en mucho temor de Dios y observancia de su regla, ocupando el tiempo en aprender las divinas letras con que despues fructificase en la viña del Señor. Era en aquella sazon guardian de la religiosa casa del Abrojo el santo Fr. Juan de Zumárraga, y siéndole dada comision del Santo Oficio, á contemplacion del Emperador Cárlos V, para castigar las brujas de Vizcaya, escogió por su compañero para negocio tan grave á Fr. Andrés de Olmos, visto su gran espíritu, acompañado de letras y religion. Y despues, siendo el mesmo Fr. Juan de Zumárraga promovido al

obispado de México, tornó á elegir al dicho Fr. Andrés para compañero de peregrinacion tan larga, y lo trajo consigo á esta Nueva España por alivio de sus espirituales trabajos (año de mil y quinientos y veinte y ocho), y tambien para ayuda de la conversion de sus ovejas, conociendo (como en espíritu) la luz que de él habia de salir para alumbrar los pobres y miserables naturales de esta tierra, que andaban en tinieblas. Y así fué dado como por luz y maestro á toda la Nueva España, y la alumbró por discurso de cuarenta y tres años que en ella vivió enseñando la ley de Dios con sus sermones, escrituras y santidad de vida. Era Fr. Andrés de mediana estatura y buena complexion, y así aparejado para cualesquier trabajos y penitencias corporales, por lo cual escogió para sí las tierras mas ásperas y necesitadas, y sobre todo, porque era muy amigo de la cruz de Cristo y queria que le cupiese gran parte de ella. Con este designio aprendió todos los géneros de lenguas que le parecieron de mayor necesidad y mas universales, como son la mexicana, totonaca, tepehua y guasteca, con las cuales corrió las mas provincias de esta Nueva España con celestial fervor y celo de la salvacion de las almas, dando de sí (como luz divina) evangélico resplandor. Los inmensos trabajos que este varon santo sufrió, andando siempre á pié por montañas y sierras fragosísimas y por valles, barrancas y honduras, de calores insufribles, sin ningun género de regalo (pues en aquel tiempo ni pan, ni vino, ni carne, ni otra cosa de las que hoy se usan habia), ¿quién podrá ponerlos en suma tan pequeña? ¿Y quién habrá que los crea? Particularmente entre gente que parece tener espíritu de contradiccion para contradecir á la razon y verdad, y para deshacer las vidas y obras maravillosas de los varones santos, midiéndolas con la bajeza de su entendimiento y pusilanimidad de sus ánimos. Ellos se desvelan imaginando cómo apocar los santos de Dios, y Dios ordena cómo por el mesmo caso sean para siempre sublimados y gloriosos acá y allá. Y como los santos solo procuraron agradar á su Dios y Señor, así él dispone cómo sean mas honrados. Por la mesma manera acaeció á este varon apostólico, que (permitiéndolo Dios para mas mérito suyo) no le faltaron émulos y perseguidores, andando por los yermos desterrado, cansado y trabajado, evangelizando la palabra divina, todo comido de mosquitos, y por esto su rostro como de leproso llagado. Mas como prudentísima serpiente cerraba sus oidos al canto de los detractores y murmuradores, y callaba los bienes que Dios le comunicaba, tomando por medio cubrirse de

cilicio y dar ceniza por pan á su apetito, considerando que Dios, á quien él deseaba tanto agradar, le habia de ser fiel tutor y defensor, aunque los pecadores (á quien el santo procuraba convertir y cuyos vicios reprendia), se le volvian contrarios.

CAPÍTULO XXXIV.

De su humildad y ejercicio en convertir gente bárbara, y cómo Dios milagrosamente lo guardaba entre ella, y deseo que tenia que todos empleasen bien el tiempo.

LRA este varon santo muy humilde, y teníase por vilísimo y indigno de algun bien en la tierra. Huia de las honras mundanas como de conocido peligro para su salvacion. Por esta causa se alejaba de poblado y de la frecuencia y conversacion de gentes, porque los religiosos de la provincia no le hiciesen prelado, que lo deseaban mucho por su virtud y letras, y así se alejó mas de la comarca de México, pasando desde Veitlalpa á las sierras de Tuzapan, donde estuvo algunos dias y convertió y baptizó toda aquella gente, y aprendió y supo muy bien la lengua totonaca. Despues, dejando ministros en aquella tierra, pasó á la costa de la Guasteca, predicando por lo de Pánuco y Tampico hasta entrar en los chichimecos bravos, que confinan con la Florida. Cosa maravillosa, que siempre buscaba las tierras mas ásperas y estériles para plantar la fe, porque se temia quedarian sin ella los que en ellas vivian, si acaso rehusasen los otros ministros la aspereza, peligros, destemplanza y esterilidad de ellas, porque eran habitadas de gentes fieras y caribes que se andan por los campos como brutos animales, sin edificar casas ni sembrar para coger. Y á estas mesmas partes vino este bendito varon á dar algun alivio á su cansada vejez, lleno de enfermedades que cobró en las tierras destempladas por donde habia peregrinado. Con todo esto, despues de tantos años de vida tan bien gastada, conquistaba y ganaba de nuevo á Cristo (con mas ánimo y espíritu que en la mocedad) hombres que son mas inhumanos y carniceros que las fieras del campo, entre los cuales vivia tan alegre y sin recelo, como si fueran muy domésticos españoles. Y así hacia entre ellos sus ermitas y chozuelas con sus altares y retretes para su reposo, como si no viviera entre una gente que se comen unos á otros, y que no tienen temor, ni vergüenza, ni ley, ni razon, mas del arco y flechas con que derruecan los pajaritos que van por el

aire volando. Mas no era esto sin particular milagro y voluntad de Dios, que cegaba aquellos bárbaros y aplacaba su fiereza y crueldad para que no se encarnizasen en su siervo, aunque hambrientos y deseosos de sus carnes, como lo afirmó por escrito un venerable religioso de la órden de S. Augustin, que lo trató y conversó treinta años. El cual dice que le confesaron los mesmos indios bárbaros que un Juéves Santo fueron á su ermita con intento de matarlo, Milagros en el santo fueron á su ermita con intento de matarlo, Milagros en el santo fueron á su ermita con intento de matarlo, y que por le hacer salir fuera le flecharon la cubierta de la casilla, que mos era de paja, con flechas en que pendian manojuelos de yerba seca encendidos, y viendo que el fuego no prendia en la choza, cobraron tanto pavor que se volvieron huyendo, sin seguirlos nadie. Los mesmos dieron testimonio ante el gobernador de aquella tierra, que se llamaba Alonso Ortiz de Zúñiga, que muchas veces salieron á matar á este varon santo, y que las flechas que le tiraban se volvian con la mesma furia contra ellos, por lo cual no le osaban hacer mal ninguno, antes se le venian mansos como corderos y lo adoraban como á hombre del cielo, y de mas de cuarenta leguas la tierra adentro venian á oir de su boca las palabras de Dios, y á recebir el santo baptismo. Y por su respeto, el dia de hoy tienen los indios bárbaros en mucha estima y veneracion á los religiosos de S. Francisco que andan cerca de ellos. Y con haberse despues perdido gran parte de lo que este varon santo ganó, se coge en muchos el fructo de su predicacion, perseverando en la fe, y muchos de aquellos infieles vienen hoy dia á buscar los sacramentos y fe de la Iglesia católica. Traia Fr. Andrés por comun dicho á cada paso, y como por bordon, «la cruz adelante, » significando en esto, que como soldado de la bandera de Cristo, escogido para ganar el reino de los cielos, no habia de volver pié atras, mas cada momento ofrecerse á mas trabajos, penitencia y cruz. Particularmente yo, que esto escribo, le oí dar este dicho por respuesta (cuando venia á los capítulos) á los religiosos que compadeciéndose de su mucho trabajo, viéndole ya viejo y asmático, y comido todo el rostro de mosquitos y con otras enfermedades, le importunaban que se quedase ya á descansar en la tierra de México. Á lo cual no respondia otra cosa, sino su comun dicho: «Hermanos, la cruz adelante.» Y decia esto con un fervor, que bien mostraba, como otro S. Pablo, no se gloriar sino en la cruz de nuestro Redentor Jesucristo, huyendo de todo consuelo, descanso y recreacion humana. Por lo cual ya no echaba menos las cosas que el apetito naturalmente suele desear, ni sentia en ellas gusto ni olfato, porque comia cualquier cosa de mal sabor y olor,